

La calle para el viernes 30 de enero de 2009
Diario de un espectador
José Solé
por miguel ángel granados chapa

Entrevistamos en la “Plaza pública” de Radio Universidad Nacional al maestro José Solé, que fue distinguido con el Premio nacional de las artes en el campo de las bellas artes, el teatro en su caso. Al final de la conversación le pedimos que explicara al público la peculiaridad de su voz, “como de robot”, dijo él mismo. Y es que lo hemos visto, en una actitud que conmueve y estimula al mismo tiempo, acercarse un micrófono portátil a la garganta, donde a través de una incisión brotan los sonidos, las palabras que él maneja con maestría.

Explicó que era un fumador empedernido, que en momentos de tensión —el montaje de obras complicadas o que debían resolverse con rapidez, para ser transmitidas por televisión— consumía hasta tres cajetillas. Y en horas de trabajo normales no dejaba nunca el cigarrillo, que encendía uno tras otro. Tal adicción le provocó un cáncer en las cuerdas vocales, que le fueron extirpadas. Hubiera quedado mudo de no ser porque su reciedumbre se impuso y aprovechó las técnicas que le permiten hacerse oír, así su voz suene como la de Arturito, el de *La guerra de las galaxias*. Lo que importa, como es obvio, es lo que dice.

Contó a pedido nuestro el origen de su vocación por las tablas. Evocó los títeres que las familias compraban para sus niños en las tlapalerías hace sesenta o setenta años. Eran figuras de yeso montadas sobre alambres, que venían ya vestidas o eran susceptibles de ser ataviadas conforme el gusto y las habilidades de sus dueños. El pequeño Pepe —suponemos que así lo llamaban— se aficionó al teatro en que actuaban los títeres, al punto de que una vez consideró como una oferta la compra de toda la parafernalia por ochocientos pesos, que solicitó a su padre. Éste no supo si indignarse o reír, y optó por explicar a su vástago la imposibilidad de gastar esa enorme cantidad en esos menesteres, y le entregó dos pesos para que saliera a comprar nuevas figuras de yeso. El interés y la afición por esa forma de teatro perduró en Solé al punto de que cuando fue coordinador nacional de teatro del Instituto nacional de Bellas artes logró que se adquiriera el acervo de la familia Rosete Aranda, los más famosos titiriteros de México, y la instalación de un recinto especial para ese arte específico, llamado Titiriglobo.

De la titeremanía pasó José Solé a la actuación. La aprendió como miembro de la generación fundadora de la escuela nacional de arte teatral del Inba, establecimiento que él mismo llegaría a dirigir. En aquella promoción tuvo como compañeros a quienes llegarían a ser grandes intérpretes, como Carlos Ancira, su amigo de la infancia. Luego viajó a Francia, donde estudió escenografía y dirección. A su vuelta a México debutó como director con tal fortuna que lo premió la Asociación mexicana de críticos de teatro. Esa misma agrupación, andando el tiempo, bautizó su presea a la Mejor producción nacional, con el nombre del propio maestro Solé.

Cuarenta y ocho años después de su comienzo como director, el ahora beneficiario del Premio nacional sigue vigente. El año pasado repuso *El avaro*, de Moliere, llevó al festival de teatro clásico de Almagro *Los empeños de una casa*, de Sor Juana (en una concesión deferente que en su favor decretaron los organizadores del festival, pues se presentan allí sólo obras del teatro español del siglo de oro), y puso en escena *Doce hombres en pugna*, del norteamericano Reginald Rose. Corroboró de ese modo, al tiempo que el INBA le rindió un homenaje por su trayectoria la versatilidad de sus aptitudes de director, capaz de transitar de la tragedia y comedia griegas al teatro clásico inglés, francés, español, y también de dar lustre a piezas mexicanas contemporáneas como el Moctezuma de Sergio Galindo.

José Solé es claro merecedor del Premio.

hay en todo el mundo; en realidad, trigo suficiente para cubrir toda la superficie de la Tierra hasta una altura igual a la décima parte de un codo.”¹⁴ Ahora bien, el número de granos de trigo que Sissa pedía es $2^{64} - 1$, exactamente el mismo que el de los trasposos de discos que se requerían para cumplir la profecía de Benarés relatada arriba.

Otra situación notable en que aparece 2^{64} es al calcular el número de los antepasados de cada persona, desde el comienzo de la era cristiana, o sea alrededor de 64 generaciones. En ese lapso, suponiendo que cada persona tiene 2 padres, 4 abuelos, 8 bisabuelos, etcétera, y excluyendo las uniones ilegítimas, cada persona tiene por lo menos 2^{64} antepasados, o poco menos que 18.5 trillones de parientes. ¡Una estimación de lo más impactante!

El problema de Josefo es uno de los más famosos y, sin duda, uno de los más antiguos. Narra la historia de cierto número de personas que iban a bordo de un barco, algunas de las cuales debieron ser sacrificadas a fin de evitar que la embarcación naufragara. Según las distintas épocas en que se escribió la versión de este problema, los pasajeros eran cristianos y judíos, cristianos y turcos, holgazanes y estudiosos, negros y blancos, etcétera. Algún alma ingeniosa, con conocimiento de matemáticas, siempre se las arregla para proteger a su grupo favorito. Para ello dispone a todas las personas en un círculo y, contando desde determinado

punto, cada n -ésima persona debe ser arrojada al mar, donde n es un número entero especificado. La disposición del círculo hecha por el matemático es tal que los cristianos, los alumnos estudiosos o los blancos —en otras palabras, el grupo supuestamente superior— se salvan, en tanto que el resto es arrojado al agua de acuerdo con la Regla de Oro.

En su versión original, esta fábula se atribuye a Flavio Josefo, quien se encontraba en una caverna con otros 40 judíos, resueltos a eliminarse a sí mismos para así escapar a una peor suerte si caían en manos de los romanos. Josefo decidió salvarse a sí mismo. Colocó a todos en un círculo y convino con ellos en que cada tercera persona, contando alrededor del círculo, debería morir. Colocándose él y otra

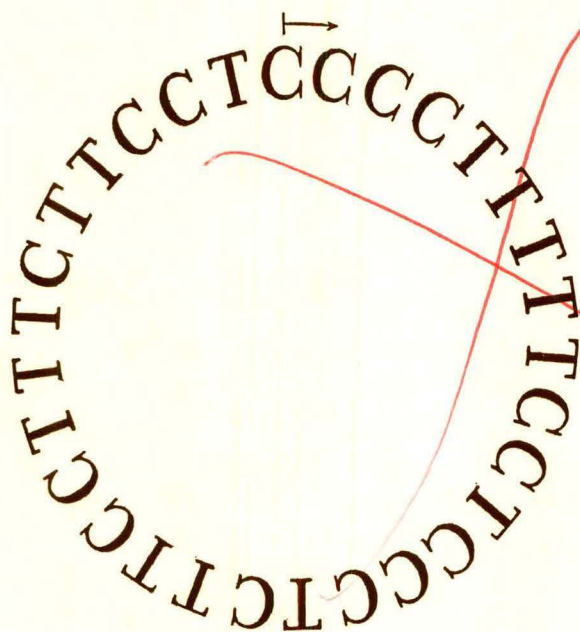


FIGURA 62. Una versión del problema de Josefo: C denota a los cristianos, T a los turcos.